

lestes y argénteas ceñidas, con sus coronas de luz, con sus togas de flores, con sus sandalias de perlas y corales, armadas, más que por instrumentos de guerra, por cítaras de oro, fecundas en mirtos para los poetas y en laureles para los héroes, despidiendo á las alturas en verdaderos enjambres ideas innumerables que llenaban lo infinito, no fueron, á pesar de tanta hermosura, perdonadas, y pagaron por toda Grecia, empezando en ellas á cebarse con furor la rencorosa ira de los asiáticos déspotas. Chíos, la tierra homérica; Lesbos, donde resuenan las arpas eólicas; la oriental Samos; la sabia Mileto, á pesar de sus cien maravillosas naves y de sus innumerables heroicos remeros, precipitáronse una tras otra en el abismo y vieron sus hijos mutilados y sus hijas esclavas en los serrallos de Susa. El esposo de Atossa, instigado por esta hija de Ciro, que soñara con la gloria y la pujanza de Semíramis, decidió dar á su inmenso imperio los mares griegos por límite occidental y se propuso resueltamente someter toda Grecia. Así dió las correspondientes órdenes para que Mardonio, su general, atravesase por los territorios tracios, desde el continente asiático á nuestro continente. Los fenicios ayudaban por mar á todas estas maniobras, impedidos fuertemente de sus odios á Grecia, y los medas componían el núcleo de los ejércitos terrestres.

La guerra no podía contenerse desde aquel punto y hora, en los cuales, tanto Esparta como Atenas, inmolaron á los embajadores de Darío. Así dió el déspota la orden de acometer inmediatamente á la capitalidad intelectual de Grecia y conducir sus hijos en hierros al cautiverio para que dedicaran sus buriles á embellecer la vivienda y sus voces á cantar la gloria de los déspotas. Eretria cayó en poder de los invasores, y ninguno de sus habitantes fué perdonado, á pesar de que muchos extendían los brazos á las cadenas y demandaban vida en cambio de sumisión á los vencedores. Las naves asiáticas asombraron las aguas del Egeo. Naxos murió, á cuchillo pasada por el déspota. Atenas, pues, debía defenderse y retar al tirano que así maltrataba las islas confederadas suyas y las regiones consustanciales con la divina Grecia. El llano de Maratón fué teatro donde mostraron al mundo la superioridad incalculable de todos los libres sobre todos los esclavos. Cada tribu dió mil hombres, y cada hombre sintió en sí que, para conseguir el heroísmo, no hay como aceptar de antemano el martirio. Una elocuencia sublime les había enseñado á considerar como el primero de los bienes la muerte honrosa, y no podía en el mundo haber para ellos muerte alguna como la muerte por su patria. Así corrieron al encuentro del enemigo

antes de que hubieran desembarcado. Cien mil persas se colocaron frente á frente de diez mil griegos en los campos de Maratón. Los persas estaban sometidos todos á un solo general, mientras los griegos tenían diez, cada uno de los cuales hallábase destinado á mandar en su día respectivo y por riguroso turno. Sin embargo, el principio de libertad estaba destinado á vencer la tiranía. Inteligentes matemáticos, opusieron también á la fuerza la ciencia. Su línea de batalla, con sólo diez mil hombres, extendíase tanto como la línea misma de los persas. No tenían caballos, porque su árido suelo carecía de aquellos ricos pastos, en el antiguo lenguaje denominados hierba médica. A pesar de tantas inferioridades, el espíritu y el pensamiento superaron al número. Cada hombre libre tenía consigo la patria que le impulsaba resueltamente, no sólo al combate, sino también al sacrificio. Así el centro de los griegos no pudo contenerse y arremetió con el centro de los persas. Desconcertado éste á la furia del primer ataque, repúsose bien pronto y rompió por todo, destruyendo con su número la línea enemiga y acosando á sus mantenedores. Entonces las dos alas del ejército republicano, que habían estado inmóviles, incontrastables, profundamente serenas, cual si no les atañese la batalla, viendo el encarnizamiento de los persas con los guerreros de

su centro, y notando cómo en la ceguera de su odio, para mejor perseguirlos y acosarlos, abandonaban sus ventajosas posiciones, desplegaron primero con rapidez, uniéronse después con facilidad, y, una vez unidos, arremetieron al enemigo por la espalda, alcanzando tal victoria, que no les quedó á los persas refugio ni auxilio ninguno, sino el mar, donde los persiguieron y acosaron sus gloriosos enemigos, cuyo triunfo resultara tal y tanto, que Atenas colocó las efigies de aquellos héroes entre las efigies de sus dioses y declaró altares atenienses los túmulos que señalaban el santísimo lugar donde habían muerto sus soldados por la libertad y por la patria.

El Asia debió, tras el triunfo de los jonios, armarse contra Grecia. Este armamento apareció fácil porque los generales persas, vencidos en Maratón, habían engañado á Darío hasta presentarle como una victoria su derrota, fingiendo provenir de Atenas los prisioneros allegados en sus ventajas sobre las islas jónicas. Atossa insistía, como siempre, por la dilatación de un imperio cuyos límites ignoraba ella misma, no obstante haberlos trazado tanta y tanta sangre. Muerto Darío en los comienzos de la segunda guerra médica, el influjo de Atossa creció desmesuradamente por oírle su hijo más todavía que su esposo. El armamento de Asia contra Euro-

pa se consumó por mano de aquella mujer extraordinaria. Babilonia y Menfis, que habían resistido al vencedor persa, tuvieron que someterse; las estatuas de los reyes y de los dioses vencidos entraron en Susa como tributos pagados por el Éufrates y el Nilo; juramentáronse las naves fenicias para mostrar en los empeños de la guerra tanto arte y destreza como en los empeños del comercio; los caudillos de cualquier territorio que resistiese á este reclutamiento universal, pagaban con la pérdida de sus ojos, ó con la pérdida de su cabeza, esta resistencia; el número de tribus llegadas no podía contarse ni sus nombres saberse; cuarenta y seis naciones, por lo menos, marchaban tan compactas, que parecían cuarenta y seis colosos movidos por una sola voluntad y animados por un solo pensamiento; los asirios, ceñidos con cascos semejantes á tiaras y orgullosos de sus agudas flechas; los sacios, empuñando cortantes hachas de leñadores infatigables; los árabes, medio desnudos sobre sus caballos de guerra nómadas acostumbrados á marchar entre matanzas; los indios, envueltos en sus túnicas de algodón; los rojos egipcios, cuyo carcaj contenía muchas flechas y cuyas flechas llegaban muy lejos; los sagartos, de puñal muy corto y honda muy larga; los negros etíopes envueltos en pieles de leones y de panteras; los hircanos, tan sedientos de sangre como sus tigres; los vo-

luptuosos libios, acostados en sus carros de combate, parecidos á lechos de placer; todos cuantos representaban las castas, la fatalidad, la monarquía, el despotismo, habíanse unido en haz para derribar por el suelo á unos pocos ciudadanos cuya fuerza única estaba en su idea, fuerza incontrastable, porque esa idea era la libertad. Uniforme la historia, repítense por aquellos tiempos los errores cometidos en estos nuestros tiempos. Los reyes de Atenas ¡ay! se ponen de parte de los invasores como los Estuardos se pusieron por los franceses contra los ingleses, como los Borbones de Francia por los alemanes contra los franceses, como los Borbones de España por Napoleón contra los españoles. Hippias, el expulso hijo de Pisistrato, se refugió en Susa, donde ganara el ánimo de Atossa para moverla indignamente á que impulsase hacia Grecia su hijo y restableciese después del triunfo la horrible tiranía de los vencidos pisistratidas. El tirano ignora, no solamente la libertad, ignora también la patria. Pero Grecia tenía sus hombres libres, y la república estaba por providenciales decretos destinada en aquel momento á salvar para el mundo toda esa tierra griega, patria de nuestras almas. La orgullosa y ciega Semíramis, que había renacido en el vasto y siniestro espíritu de Atossa, no podía, no, vencer la libertad. Mientras aquella mujer nefasta engen-

draba siervos, Grecia, su enemiga, engendraba ciudadanos.

A la cabeza de todos éstos hallábanse Arístides y Temístocles. Amigo el primero de la justicia, penetrado por los profundos conceptos de orden y de legalidad, juntaba con una voluntad firme, determinante de las acciones más puras y más rectas, una conciencia clarísima que le iluminaba por doquier en sus maravillosos resplandores. Fundador de la joven democracia destinada por el cielo á recoger en aquellos sus días tantos laureles, juntaba en el mismo culto la espontaneidad propia de los pueblos libres con la sujeción y la disciplina que traen las leyes. Sobrio en su mesa y en sus amores austero, de pocas palabras y de muchos actos generosos, dado á la verdad como á una diosa y enemigo implacable de todos los tiranos, llovían sus labios reveladores consejos y era toda su vida como un ejemplo en acción del amor desinteresado á la libertad y á la patria. Arístides era la razón fría, y en cambio Temístocles era la pasión exaltada. Tenía más vicios que Arístides, pero también más virtudes. No alcanzaba él ciertamente la perfección clásica de su émulo, pero no adolecía de aquella su frialdad marmórea. Hijo de una extranjera, esta involuntaria desgracia le había cerrado hasta los gimnasios donde la juventud griega crecía; pero

no había podido cerrarle, no, el corazón al amor de su patria y gente, aumentado y enardecido por las mismas contrariedades, cuya oposición, deteniéndole fuertemente la voluntad, no hacía más que impelerla con fuerza en la consecución de sus fines y exacerbarla con intensísima exacerbación. Inspirado por súbitas y reveladoras ideas, de mirada tan perspicaz como profunda, reuniendo con las exaltaciones del apasionamiento la madurez del juicio, con la fe de un joven la experiencia de un viejo adquirida en sus intuiciones íntimas, poeta, orador, músico, estadista, general, soldado, pero ante todo y sobre todo ciudadano, se impuso con su mérito á su patria y subió á las más altas cimas del mundo, á las cumbres de una ciudad libre, en alas de un mérito reconocido y proclamado por todos sus conciudadanos. En el instante de llamar Xerxes á las puertas de Grecia, llegaba Temístocles al colmo de su genio. No se comprende que un tirano como Xerxes, de razón madura y de compleción serena, intentara empresa como la de Grecia, de tantos peligros en su ejecución y de tantos males en sus resultados. Atossa y sólo Atossa es la clave del enigma. Casado con ella de segundas nupcias Darío, al morir éste y dejarla viuda, le dejó hijos como Xerxes, el primogénito, pero también dejó hijos del primer matrimonio. Atossa procedió

de suerte que, so pretexto de no pertenecer la esposa del primer lecho á la dinastía, y no llevar por ende ni ella ni los suyos real sangre y real autoridad en las venas, cerróles el camino conducente al trono, y puso en éste á sus hijos, no sin que se alzara la protesta y viniera la guerra. Pero triunfante Atossa y puesto en el trono su hijo por mano de ella, propúsose justificar aquel imperio que se había temerariamente arrogado, y no encontró superior justificación á la que podría traerle cosa tan grande y tan feliz como el triunfo y dominio sobre Grecia. ¿Quién podía, pues, detenerla en su camino? ¿Quién podía disuadirla de su empeño? Atossa lanzó á Xerxes sobre Grecia, y lanzando á Xerxes sobre Grecia determinó la formación de aquella patria libre. Por consiguiente, sería imposible conocer la condición que alcanzó la mujer griega sin haber visto, como hemos visto, el influjo de Atossa en este momento sobre los destinos de la Hélade.

Acabemos, pues, la relación de los sucesos. En el istmo de Corinto se reunieron las ciudades griegas y decretaron la resistencia que ha inmortalizado Leonidas en las Termópilas, Temístocles en Salamina. Cuando los griegos remaban contra sus enemigos en estas costas benditas, podían ver sus hijos y sus mujeres coronando los promontorios y los cabos para moverlos á morir mil veces antes

que tolerar disminución ninguna de su patria. La escuadra persa era innumerable, y sobre la punta que formaba la montaña Egalea veíase asentado en un trono de oro al déspota de Asia; por manera que allí, en tamaña competencia, veían los persas de un lado al ídolo que pesaba con inmensa pesadumbre sobre sus espaldas, mientras los griegos veían de su lado la libertad y la patria. Comenzó el ataque de Salamina con una extrema violencia por la parte de los asiáticos. El griego retrocedió á este primer embate, pero retrocedió con orden y en línea de batalla. Enseñados los persas con el escarmiento de Maratón, y expertos ya en artes é industrias griegas, no rebasaron su línea de combate, y se detuvieron tras el primer encuentro. Después de breve suspensión, en la cual diríase que tomaban aliento, empeñáronse mil combates parciales entre los grupos diversos de naves combatientes. Pero á estas escaramuzas aisladas bien pronto siguieron encuentros generales en toda la línea. La galera oriental, semejante á un palacio y á un templo móvil, mostró su inferioridad irremediable ante la hermosa y ligerísima nave griega, que corría como una especie de aguda flecha, y clavando sus espolones en el vientre de las pesadas máquinas contrarias, sumergíalas en las aguas alteradas. Nunca se mostró tanto la ventaja del genio sobre el nú-

mero y de la idea sobre la fuerza como en aquel momento supremo. La electricidad, comunicada por las ideas y por sus chispas creadoras á los nervios del griego, predominó sobre la muelle y linfática grandeza del asiático, incapacitado por el propio enorme volumen de sus navíos para todo movimiento, así en la defensa como en el ataque. Lo cierto es que la derrota de Xerxes se declaró bien pronto, y que los fugitivos no pudieron ni aprovecharse de las islas cercanas, porque les cerró el paso Aristides con tropas de refresco. La batalla de Salamina completa la batalla de Maratón.

Mas aun quedaba que intentar otro esfuerzo definitivo y que ceñir con supremo nuevo triunfo aquel épico empeño. Mardonio, general de Xerxes, reunió los últimos recursos del Asia y se propuso escarmentar á Grecia. Ésta, por su parte, congregó todos sus hijos, resueltos de nuevo á otro sacrificio que demostrara definitivamente la superioridad incalculable del joven mundo europeo sobre el viejo mundo asiático. Los campos de Platea les ofrecieron esta feliz coyuntura. Antes de citarse allí los combatientes devoraron derrotas nuevas los déspotas, derrotas por las cuales se afligieron al extremo de sollozar como mujeres. Diez días estuvieron las falanges griegas frente al ejército de los déspotas. Mardonio no se cansaba de reconocimientos

que le industriasen á ciencia cierta en las respectivas posiciones y en los mutuos recursos. Mas al cabo de diez días el hambre impuso al irruptor un movimiento de ataque. Advertidos los griegos, mostraron irresoluciones é incertidumbres propias de los nerviosos en clamoroso estruendo, al cual dudaron los generales suyos de un triunfo semejante á los obtenidos en anteriores encuentros. Durante muchas horas parecía la fortuna inclinada con inclinación incontrastable hacia el viejo enemigo de Grecia. Beocios, espartanos, atenienses, tegeates, disputaban entre sí con ardor y no se resolvían por ningún empuje. Los espartanos, por si habían de ocupar tal ó cual puesto, se dejaban destruir y segar como si fuesen espigas cortadas por una hoz. Cuando ya se resolvieron á pelear y entraron lacedemonios y atenienses cantando sus himnos en las espirales terribles de aquellos encuentros espantosos, combatían cada cual por su lado sin acordarse ni siquiera del auxilio que se prestaban. Por fortuna, como el honor de Maratón está unido al nombre de Milcíades, y el honor de las Termópilas unido al nombre de Leonidas, y el honor de Salamina unido al nombre de Temístocles, el honor de Platea está unido al nombre de Aristides, que reunió las dos alas de los atenienses y de los espartanos para llevarlos al triunfo y,

después de triunfar, los reconcilió para que no lucharan por el premio. Tales fueron las consecuencias de aquel triunfo que debía, no sólo mostrar la superioridad inmensa de Grecia sobre Asia, sino unir á todos los griegos en una misma patria.

Aristides aparece ahora como el genio de Grecia. Él declara inviolables y sacras las ciudades en que se ha conseguido una victoria común, las cuales no podrían recibir ofensa, y agravio, y ataque, sin que las acorriesen todos los griegos en una confederación portentosa. Él aconsejó erigir un templo al Zeus libertador, donde se congregasen las almas y las ideas de los helenos. Él reunió las asambleas patrias en el istmo de Corinto, y encargó á Pausanias el castigo á los traidores aristócratas tebanos. Las tumbas de Platea se convirtieron en aras divinas, las sombras de los héroes tomaron aspectos de dioses. Reuniéronse coros de poetas, en guisa de sublimes sacerdocios, para componer himnos y cantarlos en falange y legión. La historia tomó el carácter de la poesía, por lo grande, y la poesía tomó el carácter de la historia, por lo real. Ni siquiera se detuvieron á escribir lo que habían hecho. Cuando Heródoto llegó á fijarlo, estaba ya la tradición fija. El tropo bien poético de que las flechas lanzadas por los persas habían oscurecido el sol, pasó á verdad histórica. El genio griego se univer-

salizó tanto, que hasta pudo componer la elegía del vencido. Nuevamente, como en los campos de Troya, había el genio de Occidente vencido al genio de Oriente, mas no al genio de Oriente personificado en una ciudad frigia sola y triste, al genio de Oriente personificado en todas sus razas. La democracia venció al despotismo. La república mostró una vez más su incontestable superioridad sobre la monarquía. La idea y la libertad vencieron á la materia y á la fuerza. Sobrepúsose al fatalismo ciego el humano albedrío. La ciencia sobrepujo con su táctica invencible al sortilegio y á la magia. El pueblo rompió la horda. Hasta para obedecer sabían más los ciudadanos que los siervos. La ley sobrepujo al déspota hasta en los ejércitos. Los libres ejercieron el mando y practicaron la obediencia mejor que los tiranos. Atenas subió á sol de las ciudades griegas rodeada por el coro inmortal de sus héroes, de sus artistas y de sus poetas. El genio griego, que llevaba en sí los destinos de la civilización universal y de la libertad humana, quedó vencedor sobre aquel genio asiático que llevaba en sí la esclavitud y la casta. La infeliz Euménide que se denominó Atossa, no hizo más que perder al Asia con su impresión y con su orgullo.